

—¡Cómol—le dijo.—¿No estás orgulloso de tener por querida á una mujer á quien los príncipes hacen la corte?... ¿á una mujer que hace que se doblen todas las cabezas ante sus caprichos?

—¡Hay para estar orgulloso! Cuando uno de esos «machos» aparece, yo he de desaparecer. Pero me vengaré. Uno de estos días pisotearé sus blasones.

—Yo también, imbécil, yo también pisoteo sus blasones. Pero ño olvides que tienen fondo de oro.

## V

*Un buen príncipe*

Sin dejar de entregarse á su señor, Lucía quiso aumentar el número de sus esclavos. Me explicaré: necesitaba vengarse de los caprichos de un amante de corazón por sus caprichos en el trato con sus adoradores. Se hizo doblemente altanera con el príncipe y con los otros; tanto más cuanto que, por aquel entonces, algunos periódicos hablaron de su talento y de su belleza. Se creyó más que nunca irresistible.

Así es, que era menester verla en el teatro, en el Bosque, en las cenas, distribuyendo sonrisas más ó menos acentuadas con aires de duquesa.

Comediante de tercer orden en el teatro, era gran comediante en su casa; tenía un arte maravilloso para entretener á cuatro amantes á la vez, como conducía aquí y allá, el día de las carreras, por divertirse, el carruaje de uno de sus amigos de ultra-Mancha. Su juego era bien jugado, porque ocultaba bien su juego,

Para la generalidad de los mártires, tenía sólo un amante, el príncipe. Pero, en el fondo, el príncipe no estaba en ella sino para dar buen aspecto á la casa: el príncipe por aquí, el príncipe por allá. Cada uno da lo que puede; el príncipe ponía su título en aquella comandita del amor en que tantos accionistas había. La fuerza de Lucía consistía en no alargar nunca la mano; gracias á una aritmética suya, el príncipe era inagotable en sus prodigalidades; sobrecargábala de diamantes, pero ella se apresuraba á abrir un paréntesis para decir que el príncipe tenía un gusto salvaje y que únicamente los franceses daban alhajas de aquellas que se pueden llevar, motivo por que no rehusaba ciertos regalos, cuando estaban bien hechos. Tampoco olvidaba decir que era un verdugo de dinero, que cuanto más se le daba más derrochaba ella. Y mostraba su linda mano de dedos empinados, para probar que no era aquélla una mano ganchuda. En el juego, diciendo que perdía siempre, saqueaba á sus vecinos sin ceremonias. Llegaba así, con los ingresos ocultos, á gozar de una renta de trescientos sesenta y cinco mil francos, puesto que gastaba mil diarios, según las cuentas de su tenedor de libros.

Pero un capricho del azar podía quitar los puntales al frágil edificio de aquella fortuna á todos los vientos. No poseía más bienes suyos que su hotel y sus alhajas, sin contar con que siempre tenía cien mil francos de éstas en el Monte de Piedad. Decía que éste era su dinero de juego. A veces enseñaba las papeletas para hacer avanzar á los más enamorados; pero éstos, aun los más apasionados, se arruinan al por menor, no al por mayor. Se da sin contar—después de haber contado—un puñado de billetes de Banco bien arrugados; pero gusta más dar diez veces diez mil francos que una vez cien mil.

Todo marchó bien hasta el día en que fué notorio que la bella tenía un amante de corazón. Un amante de corazón que ella imponía en todas partes, hasta en las cenas á las cuales iba á cuestas. En la alta galantería, no indigna ver que una mujer corre de mano en mano, como una letra á la orden, que se hace cada vez mejor á fuerza de firmas; pero no se permite á una mujer que descienda. O se es de su mundo ó no se es. Lucía se vió muy pronto desprestigiada, gracias á aquel Carlos Abelle que á todas partes la seguía. En vano se ponía él talones para ser alto, en vano tomaba luego aires humildes é impertinentes: no podía entrar en la familiaridad de aquellos señores. Y se vengaba en Lucía, que, por desquitarse, vengábase en ellos, hasta que un día decidieron algunas de aquellas damas no recibir á la comedianta mientras fuera con su amigo, y no ir á su casa si había de estar él allí.

Esta decisión, que en breve se hizo oficial, fué la ruina de Lucía, porque ésta no quiso romper con Carlos Abelle para reconquistar sus amistades.

El príncipe, que era buen príncipe, siguió viéndola, pero cada vez se fué ella viendo más sola. Le hizo algunos cargos, representándola que no tenía con qué pagarse un amante de corazón.

—Bien sé, mi querido príncipe,—le dijo ella,—que no me ha dado usted bastante dinero para eso; así es, que no tengo un amante de corazón, sino un amigo que toca y canta conmigo, que me acompaña al piano cuando canto en el gran mundo...

—La verdad es,—interrumpió el príncipe,—que no la acompaña á usted sólo al piano; dijérase que ha perdido usted su sombra y que él la busca siguiéndola á usted; pero, en fin, no tengo derecho para reprenderla. He querido dar á usted un primer aviso. Si ese Carlos

Abelle no es su amante, ¿por qué le permite usted que esté en su casa cuando está en casa de usted? Si es su amante, peor para usted. Pero ni una palabra más, porque diría usted que estoy celoso; y tengo demasiado buen sentido para eso.

—¡Bueno!—exclamó Lucía impaciente.—Diré al señor Abelle que no venga sino á la hora de las lecciones.

—Muy bien—dijo el príncipe, recogiendo su sombrero.—Mas cuide usted de no estudiar todo el día.

Cuando Lucía se quedó sola, hizo un rápido examen de conciencia.

—Es verdad,—pensó.—Lo que el príncipe ha dicho todos me lo dicen. Carlos me perderá. Pero ¡chito!—añadió,—le amo.

## VI

*Un duelo á primera sangre*

Carlos no esperó mucho tiempo la ocasión de vengarse, porque, hallándose muellemente reclinado en las rodillas de Lucía, el lacayo anunció al príncipe Metjcoski.

—¡Pronto, vete!—díjole ella.

—¡No!—respondió él.

Este *no* fué dicho con un acento de voluntad que inquietó á Lucía.

Los dos se habían levantado. Ella lo cogió nuevamente por el brazo y lo arrastró hacia la puerta.

—¡No!—repitió él, echando raíces en la alfombra.

—Piensa en lo que el príncipe me ha dado, en lo